

LOS LIBROS

NOVELA

L'AMANT DE LADY CHATTERLEY, por
Lawrence, D. H.

El amante de Lady Chatterley (1), el último libro de Lawrence traducido al francés, me ha traído el recuerdo de *Une Femme*, novela de Camilo Lemonnier, publicada en París a fines del siglo XIX.

Poco más de un cuarto de siglo separa a las dos novelas y como es lógico, hay entre ellas hondas divergencias técnicas y de sensibilidad, sobre todo si tomamos en cuenta la robusta exuberancia del escritor belga y la inquietud morbosa de Lawrence, descendiente de mineros y enfermo de pleuresía desde su juventud; pero acerca en forma singular a los dos autores una misma preocupación ética.

Era Lemonnier un gozador, un millonario de las sensaciones, un épico de lo real. Del naturalismo había tomado el procedimiento y el gusto por el paisaje. En su pletórica carnación de flamenco no quedaba lugar para filosofías pesimistas. Era

un creyente de la vida, pero no de la civilización. Poco a poco se fué alejando de la escuela zolaica y en sus últimas novelas, verdaderos poemas épicos del instinto, hay una solución salvadora a los males de la humanidad, según él, pervertida por la civilización.

No es el hombre el malo, afirma, es la vida moderna la que lo ha encanallecido, matando su vitalidad. Por eso, debemos volver cuanto antes a la simplicidad de los tiempos primitivos. El amor, única razón de ser del hombre, es el que ha sufrido más en este descenso fatal. La moral burguesa ha convertido al hombre y a la mujer en enemigos. Las conveniencias económicas de la sociedad y los intereses de la familia, han hecho del matrimonio un negocio y no una selección. El vicio es la natural puerta de escape de este morbo congénito. La humanidad ha perdido poco a poco su sinceridad, su capacidad de amar. Ha llegado a producirse lo que Lemonnier fustiga a fines del siglo XIX y lo que Lawrence llama, a principios del siglo XX, el *amor cocktail*, satisfecho

(1) Nouvelle Revue Française, 1932.

mecánicamente en una encrucijada por una buscona cualquiera.

Coincide el punto de vista del escritor belga y del psicólogo inglés. Ambos tratan de dar una solución y, en el fondo, lo que resuelven, por medio de la ficción artística, es lo mismo.

El protagonista de Camilo Lemonnier es un desprejuiciado. Encara con valentía el conflicto sexual a que lo lleva Suzy, la mujer, la hembra pura, guiada únicamente por el instinto.

Como Lady Chatterley es la mujer joven de un impotente; en su caso, un viejo; en el de Costanza, la heroína de Lawrence, un paralítico de los miembros inferiores.

El héroe, en Lemonnier, justifica la actitud provocadora de la mujer «Era ella, Suzy, decidida y valiente, que venía en mi busca como se va a casa del médico, con un mal que es necesario curar».

Y agrega:

«¿Por qué una mujer no va a sentir igualmente el deseo del hombre, tal como nosotros deseamos a la mujer?»

En Lawrence, el problema toma desde el comienzo un tono de tragedia y se comprende, porque el escritor inglés no es la poetización del goce lo que persigue, sino la unión inteligente del alma y el cuerpo y esto no se produce en la vida moderna sin una serie de tanteos y de errores lamentables. En Lemonnier no hay tragedia alguna. Las cosas se resuelven favorablemente para los amantes. Basta con que ellos hayan desafiado al medio. Pero ambos autores vuelven a en-

contrarse en su afán de presentar al macho y a la hembra en su desnudez primitiva, latente aun, pese a veinte siglos de civilización.

Son naturalmente seres de excepción y en medio de excepción van a actuar. No preocupa a los escritores el ansia de crear caracteres universales. Hechos, ambiente y tipos se mueven según una idea preconcebida. Van a probar con sus actos una teoría que ya se ha formulado en el cerebro del artista.

Si la complejidad económica de la vida moderna ha destruido en los centros urbanos la fuerza primera del amor, la inagotable salud del instinto, para convertir al hombre en una máquina pesadamente movida por impulsos cerebrales, el remedio consiste en el aniquilamiento de esa artificiosa mentira.

Tanto Lawrence como Lemonnier parecen suponer que la naturaleza es la solución más probable. El campo es el escenario de los dos libros. La campiña flamenca, ubérrima y soleada en Lemonnier; la selva inglesa, húmeda y prometedora en Lawrence. La ciudad aparece alejada, en el fondo del cuadro, con sus rascacielos y automóviles, sin intervenir en la iniciación de este nuevo paraíso terrenal, origen de una nueva moral, que surge a pesar de ella.

Los personajes actúan como seres elementales, a pesar de la refinada complejidad de la vida social contemporánea. Ha subsistido íntegramente en ellos el vigor del instinto, que despierta inesperadamente. En el momento en que el azar los coloca frente a frente des-

precian los convencionalismos y se acercan espontáneamente, orientados por la misteriosa afinidad de la especie, tal una pareja de las primeras edades del mundo.

Lawrence interpreta el modo de ser de su heroína:

«Su espíritu atormentado de mujer moderna, dice, no encontraba la calma. ¿Era necesario entregarse? Ella sabía que si se entregaba a este hombre era algo decisivo, pero si lo rechazaba, no sucedería nada. Salvo la igual sucesión de los días. Sentíase vieja; vieja de millones de años. Y en el fondo no podía soportar el peso de ella misma. El hombre no tenía sino tomarla. Ella no se defendería.»

En el estilo agitado de Lawrence, denso de intenciones simbólicas, puede seguirse la idea del autor, a pesar de la artificiosidad de la técnica novelesca. Trata de descarnar el instinto sexual y presentarlo tal como pudo ser en tiempos ancestrales, cuando el hombre era casi un hermano de los animales. Este impulso atávico no está muerto en el hombre moderno, sino ensordecido por una vida antinatural. Tampoco puede prescindirse de las conquistas espirituales de la civilización; al contrario, esta conciencia que la cultura ha dado, va a servir para no perderse definitivamente en la morbosa complicación de las urbes actuales. Por eso, los héroes de Lawrence no sólo buscan la sensación material del amor. Hay también en ellos la comprensión, resultado de aquella afinidad corporal. El hijo que Lady Chatterley

va a dar a luz, la unirá a Mellors para toda la vida.

Nada importa que los personajes, sobre todo los protagonistas sean creaciones excepcionales, tanto en Lemonnier como en Lawrence y como en muchas novelas de Zola y de Maupassant. Están modelados en arcilla humana y en un medio real viven su vida. Los hechos mismos son perfectamente verosímiles.

Lo esencial, sin embargo, no está en esta verosimilitud que ha dado a sus ficciones el excepcional talento narrativo de ambos escritores; lo esencial es que la vida creada se contrapone, en todos sus momentos, a esa otra vida convencional, ficticia, consecuencia de la sociedad burguesa y capitalista de los siglos XIX y XX.

El amor es un producto más de carácter comercial y se han despreciado los fines lógicos de la vida para poner en juego las conveniencias sociales, los intereses económicos o políticos de la unión.

La *libido* desnuda, cínicamente desnuda, es el medio indirecto con que Lemonnier y Lawrence combaten la desviación del instinto sexual en la civilización de Occidente.

Lawrence estimatiza el mal dogmáticamente, por boca de Mellors:

«Los hombres, los obreros mismos están a punto de perder su fuerza masculina. Autos, cines, aeroplanos han succionado sus últimos jugos. Cada generación engendra una generación más bastardeada, con tubos de caucho en lugar de nervios y piernas y rostros de hojalata. ¡Un pueblo de hojalata! Es una especie de bolcheviquismo que

está a punto de consumir lo humano para adaptar lo mecánico.

¡El dinero! el dinero y el dinero. ¡Todo el mundo no tiene otra preocupación: aplastar la realidad humana. El amor mismo no es sino una máquina de besos.»

«Dadles dinero para que le corten la cola al mundo. Dadles dinero, dinero y dinero para disolver todo el nervio de la humanidad y no dejar sino pequeñas máquinas trepidantes.»

En estas frases está sintetizada la idea primordial de Lawrence sobre el amor. No le bastaba mostrar artísticamente, como Lemonnier y los naturalistas la verdad sobre el amor y su decadencia en la época actual. No, él se consideraba un médico del espíritu. No era suficiente mostrar la llaga, sino tratar de curarla por todos los medios a su alcance.

Según la exacta expresión de Catalina Mansfield, Lawrence fué un *eye-opener*, es decir, el profeta, el que abre los ojos y muestra la verdad a los que no quieren verla. Era de la pasta de los apóstoles. De esos hombres que pueden ser vencidos, pero que no se consuelan dejando al mundo tal como lo han encontrado.

He aquí la divergencia más visible de su arte con el procedimiento semi-clínico de los naturalistas.

En las escenas más crudas de sus novelas aparece siempre este sentido místico que lo aleja de la pornografía y da a sus creaciones un iluminado fervor catequista. No es un simple espectador del drama de la vida, sino un redentor, un visiona-

rio, que trata de llevar a la humanidad desconcertada por el verdadero camino del amor.—*Mariano Latorre*.

RONQUERA DE VIENTO, por *Rafael Ulises Peláez*.

Este libro es uno de los libros de más descuidada impresión que se hayan hecho en hispanoamérica. Una tapa horrible, donde el nombre del autor está borrado en parte, indica ya al lector lo que sucederá. Siguen, en el texto, unos dibujos que no desmerecen de la tapa. El libro no tiene indicación alguna de la ciudad en que se imprimió, sólo tiene fecha y pie de imprenta, y si no fuera por el carácter inconfundible de la obra y porque el autor fecha su manuscrito en Oruro, 24 de Febrero de 1931, no sabríamos dónde se hizo ni dónde es escribió.

Es el libro de un cuentista boliviano. Suponemos que será joven. Es un libro curioso, no por lo que contiene, que también lo es, sino por la calidad variable que presenta. El autor domina muy bien ciertas partes del cuento; en otras, fracasa lamentablemente. Ejemplo:

Dos cosas tengo grabadas en el recuerdo: el amanecer de un día de llovizna, opaco y lacrimoso, en que un minero alcoholizado me entregó a mis patrones; y la casa cenicienta que levantaba su mole como un mausoleo sobre una colina gris. Estas dos impresiones, posteriormente, han columbrado en mi espíritu, como el relámpagueo tenue de esas lejanas tormentas que se cimbran sobre los cerros del confín.